



LIBRO III.

CINERARIAS.

¡Aun vives corazón! vives. . . palpitas. . . !
¿Qué es esto, corazón?. . . te creí muerto. . .
¿Por qué tiembles así, por qué te agitas
En tu sepulcro destrozado y yerto?

¿Acaso una pasión?. . . me da pavora:
Sí un tiempo resistí sereno y fuerte,
Me falta ya valor en la tortura,
Y otro dolor me causará la muerte.

Aun el amargo dejo hay en mi boca.
De ese cáliz fatal que apuré un día;
Hoy si mi labio, por mi mal, lo toca.....
¡Oh, no lo quiera Dios!.....sucumbiría.

—
Recuerdo pertinaz nubla mi frente,
Mi juvenil vigor siento agotado;
Quiero acabar siquiera indiferente
El valle que infeliz le atravesado.

—
¡Silencio, corazón, duerme y olvida
Que fuiste niño y que sentir supiste;
La lumbre de tu fe se halla extinguida,
Duerme en la noche de tus dudas, tristel

—
Agonizante ardor, chispa postrera
Que por mi helada sangre se desliza,
No puedes ya existir, porque la hoguera
Que ardió voraz, se convirtió en ceniza.

—
¡Buscar aún la dicha en el camino,
Para encontrar al fin de pena tanta
Sólo el miraje que ama el peregrino,
Y más se aleja, mientras más le encanta!

¡Amor!¿buscas amor? ¡delirio triste!
¿No está la llama de tu fe extinguida?
¡¡Amor! ¿lo crees aún? ¿piensas que existe?
Silencio, corazón, duerme y olvida!





A***

¿Quién del corazón responde?
Hoy juntos, mujer querida,
En la aurora de la vida
Nuestros destinos están;
Pero mañana!... ¿quién sabe
Do nos lleven las congojas,
Como de un árbol dos hojas
Que arrebató el huracán?

Se evapora en este mundo
La esencia de los amores,
Como el frescor de las flores
En el calor estival.

Y con el paso del tiempo
Se ahuyenta la fe del alma,
Cual se ahuyenta de una palma
El verdor primaveral.

Tú me has jurado mil veces
Un amor tierno y constante;
Yo también te juré amante
Pura, santa, eterna fe.

Pero quizá, irresistible,
Del hado la fuerza impía,
A olvidar me obligué un día
Lo que á tus plantas juré.

Tal vez, mujer, anhelando
A la de otro unir tu suerte,
Mi pecho hieras de muerte
Con tu altanero desdén
No hay que fiar en las ondas,
No hay que fiar en los vientos,
Del alma en los juramentos,
De la vida en el vaivén.

Hay un destino implacable
Que á nuestra vida preside,
Y que del hombre decide
La dicha y el porvenir.

Contra esa mano de hierro
Nuestro corazón se estrella,
Y en vano lucha, porque ella
Lo subyuga hasta morir.

Si á tal influencia, perjuro
Nuestras promesas rompemos,
Al destino obedecemos;
Culpas de él las nuestras son.
Amémonos hoy; mañana. . . .
En nuestro poder no cabe
Cumplir un voto. . . . ¡quién sabe!
¡No se manda al corazón!

1862





PERJURIO

A***

Pálido el rostro, en lágrimas bañado,
Y ocultando en mi hombro tu alba frente
Con el seno oprimido y agitado,
Mi mano presa entre la tuya ardiente,

Murmuraste tu adiós. — “Voy á alejarme,
“Te dije, y voy de mi lealtad seguro;
“¿En tu constante amor podré fiarme?
—“Tú respondiste: ¡*Siempre! ¡te lo juro!*”

Me aparté de tus brazos mudo y triste,
Un infierno llevando el alma mía;
Tú, mi mano al soltar, desfalleciste
Trémula y desmayada en tu agonía

¡Delirios del amor! ¿quién en la vida
Cree ya del juramento en la locura,
Si el alma, reina en sierva convertida
A romper sus cadenas se apresura?

¡Siempre! . . . ¡si apenas nace el sentimiento
Cuando el cansancio presuroso llega!
Si el deleite que dura es un tormento!
¡Si la luz que más brilla es la que ciega!

¡Siempre! . . . ¡la realidad de la existencia,
Del ideal los sueños desbarata;
Y del amor la fugitiva esencia
El soplo de los tiempos arrebata!

¡Siempre! . . . ¡imposible y loco devaneo!
Del recuerdo la lumbre, en la memoria
Sólo se aviva al soplo del deseo.
¡Tal es del alma la constante historia!

¡Tierra del corazón! ¡tierra mezquina
Dó nada vive, ni arraigarse quiere!
Donde hasta el mal, efímero germina
Y así naciendo, fructifica y muere!

.....

Hé nos aquí del uno el otro lejos;
Las tristes horas del adiós pasaron

Y del amor los tímidos reflejos
En el mar de la ausencia se apagaron.

En la ilusión de ayer, ¿quién piensa ahora?
¿Verdad que me olvidaste? lo presumo;
Y á mí, otro fuego el alma me devora:
¿Lo ves, mujer? el juramento es humo.

Y así debe de ser ¿la confianza
Quién en ajeno corazón encierra?
¿Quién va á pintar la flor de la esperanza
Sobre ese limo que arrojó la tierra?

Que nunca el alma la tristeza oprima.
Y de hoy el lazo que el de ayer deshaga;
Porque el amor guardándose, lastima,
Sólo el que pasa fugitivo, halaga.

Y ha de vivir, la vida del perfume
Que exhala el cáliz de la flor temprana;
La del débil rocío que consume
El primer resplandor de la mañana.

Y así, señora, demos al olvido
Eso que el labio prometió inexperto;
Guardando nuestro amor fuera. . . mentido,
Pasó muy pronto, pero así fue cierto.

Desde hoy, indiferencia: si algún día,
Por el mismo camino nos cruzamos,

La faz serena y la mirada fría,
No dirán que culpables perjuramos.

Nadie sabrá que un tiempo los sentidos
Ebrios de nuestro amor, y tantas veces,
En apurar pasamos embebidos
Del deleite la copa hasta las heces

Nadie sabrá tampoco que hora alguna
De placer, amargó letal tormento;
Que nuestro corazón sintió importuna
La espina de tenaz remordimiento.

Nada quitó mi amor de tu belleza,
Ni el fuego intenso que en tus ojos brilla,
Ni la altivez que anima tu cabeza,
Ni las rosas que tiñen tu mejilla.

Ni un surco más en la tostada frente,
Ni una lágrima menos en la vida,
Ni otro dolor que mi desdicha aumente:
Nada me deja tu lealtad perdida.

.....

Y adiós. . . que el goce del perjurio pueda
Darte mas dicha que te dí, señora;
Que yo, el absintio que en el labio queda
Voy á endulzar con mi placer de ahora.



MARIA

Allí en el valle fértil y risueño.
Dó nace el Lerma y, débil todavía
Juega, desnudo de la regia pompa
Que lo acompaña hasta la mar bravía;
Allí donde se eleva
El viejo Xinantecatí, cuyo aliento,
Por millares de siglos inflamado,
Al soplo de los tiempos se ha apagado,
Pero que altivo y majestuoso eleva
Su frente que corona eterna hielo
Hasta esconderla en el azul del cielo

Allí donde el favonio murmurante
Mece los frutos de oro del manzano
Y los rojos racimos del cerezo
Y recoge en sus alas vagarosas
La esencia de los nardos y las rosas.

Allí por vez primera
Un extraño temblor desconocido,
De repente, agitado y sorprendido
Mi adolescente corazón sintiera.

Turbada fue de la niñez la calma,
Ni supe qué pensar en ese instante
Del ardor de mi pecho palpitante
Ni de la tierna languidez del alma.

Era el amor: mas tímido, inocente,
Ráfaga pura del albor naciente,
Apenas devaneo
Del pensamiento virginal del niño;
No la voraz hoguera del deseo,
Sino el risueño lampo del cariño

Yo la miré una vez—virgen querida
Despertaba cual yo, del sueño blando
De las primeras horas de la vida:
Pura azucena que arrojó el destino
De mi existencia en el primer camino,
Recibían sus pétalos temblando
Los ósculos del aura bullidora
Y el tierno cáliz encerraba apenas
El blanco aliento de la tibia aurora.

Quando en ella fijé larga mirada
De santa adoración, sus negros ojos

De mí apartó; su frente nacarada
Se tiñó del carmín de los sonrojos;
Su seno se agitó por un momento,
Y entre sus labios espiró su acento.

Me amó también—Jamás amado había;
Como yo, esta inquietud no conocía,
Nuestros ojos ardientes se atrajeron
Y nuestras almas vírgenes se unieron
Con la unión misteriosa que preside
El hado, entre las sombras, mudo y ciego,
Y de la dicha del vivir decide
Para romperla sin clemencia luego.

¡Ay! que esta unión purísima debiera
No turbarse jamás, que así la dicha
Tal vez perenne en la existencia fuera:
¿Cómo no ser sagrada y duradera
Si la niñez entretejió sus lazos
Y la animó, divina, entre sus brazos
La castidad de la pasión primera?

Pero el amor es árbol delicado
Que el aire puro de la dicha quiere,
Y cuando de dolor el cierzo helado
Su frente toca, se doblega y muere.

¿No es verdad? ¿no es verdad, pobre María?
¿Por qué tan pronto del pesar sañudo

Pudo apartarnos la segur impía?
 ¿Cómo tan pronto obscurecernos pudo
 La negra noche en el nacer del día?

¿Por qué entonces no fuimos más felices?
 ¿Por qué después no fuimos más constantes?
 ¿Por qué en el debil corazón, señora,
 Se hacen eternos siglos los instantes,
 Desfalleciendo antes
 De apurar del dolor la última hora?

¡Pobre María! entonces ignorabas
 Y yo también, lo que apellida el mundo
 ¡Amor. . . . amor! y ciega no pensabas
 Que es perfidia, interés, deleite inmundo,
 Y que tu alma pura y sin mancha
 Que amó como los ángeles amaran
 Con fuego intenso, más con fe sencilla,
 Iba á encontrarse sola y sin defensa
 De la maldad entre la mar inmensa.

Entonces, en los días inocentes
 De nuestro amor, una mirada sola
 Fué la felicidad, los puros goces
 De nuestro corazón. . . el casto beso,
 La tierna y silenciosa confianza,
 La fe en el porvenir y la esperanza

Entonces. . . en las noches silenciosas
 ¡Ay! cuántas horas contemplamos juntos
 Con cariño las pálidas estrellas
 En el cielo sin nubes cintilando
 Como si en nuestro amor gozaran ellas;
 O el resplandor benéfico y amigo
 De la callada luna,
 De nuestra dicha plácido testigo
 O á las brisas balsámicas y leves
 Con placer confiamos
 Nuestros suspiros y palabras breves.

¡Oh! ¿qué mal hace al cielo
 Este modesto bién, que tras él manda
 De la separación el negro duelo,
 La frialdad espantosa del olvido
 Y el amargo sabor del desengaño,
 Tristes reliquias del amor perdido?

Hoy sabes qué es sufrir, pobre María,
 Y sentiste al presente
 El desamor que mezcla su hiel fría
 De los placeres en la copa ardiente,
 El cansancio, la triste indiferencia,
 Y hasta el odio que impío
 El antes cielo azul de la existencia
 Nos convierte en un cóncavo sombrío,

Y la duda también, duda maldita
 Que de acíbar eterno el alma llena,
 La enturbia y envenena
 Y en el caos del mal la precipita.

Muy pronto, sí, nos condenó la suerte
 A no vernos jamás hasta la muerte:
 Corrió la primer lágrima encendida
 Del corazón á la primer herida,
 Mas pronto se siguió el pesar profundo,
 Del desdén la sonrisa amenazante
 Y la mirada de odio chispeante,
 Terrible reto de venganza al mundo.

Mucho tiempo pasó.--Tristes seguimos
 El mandato crüel del hado fiero,
 Contrarias sendas recorriendo fuimos
 Sin consuelo ni afán. . . Y bien, señora,
 ¿Podemos sin rubor mirarnos ora?
 Ah! ¡qué ha quedado de la virgen bella!
 Tal vez la seducción marcó su huella
 En tu pálida frente ya surcada,
 Porque contemplo en tus hundidos ojos
 Señal de llanto y lívida mirada.
 Con el fulgor de acero de la ira.
 Se marchitaron los claveles rojos
 Sobre tus labios ora contraídos

Por risa de desdén que desafia
 Tu bárbaro pesar, pobre María!

Y yo. . . . yo estoy tranquilo:
 Del dolor las tremendas tempestades,
 Roncas rugieron agitando el alma;
 La erupción fué terrible y poderosa . . .
 Pero hoy volvió la calma
 Que se turbó un momento,
 Y aunque siente el volcán mugir violento
 El fuego adentro dél, nunca se atreve
 Su cubierta á romper de dura nieve.

Continuemos, mujer, nuestro camino.
 ¿Dónde parar? . . . ¿Acaso lo sabremos?
 ¿Lo sabemos acaso? Que el destino
 Nos lleve como ayer: ciegos vaguemos,
 Ya que ni un faro de esperanza vemos.
 Llenos de duda y de pesar marchamos,
 Marchamos siempre, y á perdernos vamos
 Ay! de la muerte en el oceano obscuro,
 ¿Hay más allá riberas? no es seguro,
 Quién sabe si las hay; mas si abordamos
 A esas riberas torvas y sombrías
 Y siempre silenciosas,
 Allí sabré tus quejas dolorosas,
 Y tú también escucharás las mías.



LA CRUZ DE LA MONTAÑA.

O crux, ave, spes unica.

Héme al pie de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.
Me acojo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fe, vacilo y me confundo.
¡Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena;
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quien Jesús de Nazareth llamaba.

Santa misión de amor le inspiró el cielo;
 Paz y amor predicó, y en el Calvario
 Al morir, trocó en signo de consuelo
 El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entonces ¡oh Cruz! cuando en mi frente
 El surco apareció de la tristeza,
 Corrí á tu altar, humilde y reverente,
 A inclinar afligido mi cabeza,
 Y de mi llanto á desatar la fuente.
 Y hallaron siempre alivio mis dolores;
 Siempre el aliento de la fe volviera
 A mi nublado cielo sus colores,
 Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
 Su gallardo esplendor de primavera.

Mas ¡ay de mí! tras mis primeros años
 Vinieron en tropel tétricas horas;
 Vino otra edad de negros desengaños;
 Y á la luz de sus pálidas auroras,
 He inclinado la faz entristecida,
 Al mirar cual tornó mustio y sombrío
 El panorama inmenso de mi vida
 La dura mano del destino mío.

Ya no habitaba entonces mi cabaña,
 Ni vivía la madre tierna y pura
 Que me enseñó á adorar en la montaña
 O en el fresco verjel de la llanura,

La Cruz agreste que el pastor venera,
 Y que tiene por techo los espacios,
 Y por eterna alfombra la pradera.

.....

Y vine á verte en la montaña oscura
 Aquí en las altas rocas solitarias
 Del venerable bosque en la espesura;
 Vengo á verter el llanto de amargura
 Al murmurar mis férvidas plegarias.

Por fin ya te encontré, ¡signo sublime!
 Virgen de humillación, como quería,
 Cual te buscaba siempre el alma mía,
 Que tanto y tanto la desgracia oprime.

.....

No tienes más adorno que las flores
 Que el inocente leñador cortara
 De los esbeltos juncos cimbradores
 Para alfombrar el cespel de tu ara.

O de campestres lirios, la cadena
 Que pastora infeliz ofreció pía,
 Cuando con labio trémulo pedía
 Tu protección en su amorosa pena.

Te da sus perlas la naciente aurora
 En argentada lluvia de rocío,
 Del iris con las tintas te colora
 El sol de las mañanas del Estío;
 La piedra de tu altar, arrulladora
 Lame la blanca linfa de ese río,
 Que va después entre la selva oscura
 El soto á fecundar y la llanura.

Cantan aquí sus himnos perennales
 La enamorada tórtola inocente,
 Y el alegre centzontli, y los turpiales
 En los enmarañados bejucales
 Y en la verde espadaña del torrente.
 Mientras que de los riscos, espumantes
 Gimien las roncadas aguas, despeñadas;
 En sus grutas de pórfido encerradas.

Tú eres humilde, ¡oh Cruz! pero estás pura;
 Aquí no llega el corrompido aliento
 Del mundo vil, ni el bacanal acento
 Que alza la humanidad en su locura.

Tú eres muy pobre ¡oh Cruz! pero elocuente
 Me hablas ahora, como hablar solías
 Al ardoroso apóstol, al creyente
 Que te adoraba en los antiguos días.

Así te quiso el Redentor del mundo,
 Que te escogió en el bosque centenario
 Para abrazarte con dolor profundo
 En su santo martirio del Calvario.
 Y así debes estar, entre tus flores
 En tus añosos bosques escondidos,
 Consolando los tímidos dolores,
 Aliviando los pechos oprimidos.

¡Santa y sublime Cruz! ¡soy desdichado!
 Ruje la tempestad de los pesares
 Dentro mi corazón desesperado,
 ¡Vengo á buscar consuelo en tus altares!
 Dame de mi niñez blando el sosiego;
 Que vuelva al corazón la antigua calma;
 ¡Consuelo del cristiano, te lo ruego!
 Yo tengo mustia y dolorida el alma.

Yo quiero aquí olvidar; busco un asilo
 En tí, mi dulce y única esperanza;
 Aquí en tu altar descansaré tranquilo;
 Aquí hallaré la paz y la bonanza.